





[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

© 2002, Alfredo Noriega

© De esta edición:

2017, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-363-6

Derechos de autor: 017189

Depósito legal: 002248

Impreso en Ecuador por Publiasesores

Primera edición en Santillana Ecuador: Noviembre 2002

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Mayo 2016

Décima reimpresión en Santillana Ecuador: Mayo 2017

Editora: Annamari de Piérola

Prólogo y estudio: César Carrión

Diagramación: Pamela Godoy

Actividades: Liset Lantigua

Supervisión editorial: Mauricio Montenegro

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

# De que nada se sabe

Alfredo Noriega



loqueleto



*La luna ignora que es tranquila y clara  
Y ni siquiera sabe que es la luna;  
La arena, que es la arena. No habrá una  
Cosa que sepa que su forma es rara.  
Las piezas de marfil son tan ajenas  
Al abstracto ajedrez como la mano  
Que las rige.\*  
JORGE LUIS BORGES*

\*Todas las citas son del poema «De que nada se sabe»

*La Rosa Profunda* (1975)

Jorge Luis Borges

## Índice



Prólogo .....	11
Preámbulo .....	13
Primer día .....	15
Segundo día .....	51
Tercer día .....	85
Cuarto día .....	123
Estudio de <i>De que nada se sabe</i> .....	145
Cuaderno de análisis .....	151

## Prólogo

Por César Carrión



Citar a un gran poeta para empezar una novela tiene sus ventajas. Algo del prestigio literario parece contagiarse, como si el texto entero se invistiera de autoridad frente al lector, por el simple hecho de poseer un verso famoso de epígrafe. Si el poeta es un grande de las letras universales, esta ósmosis ocurre con mayor naturalidad; pero si además el poema es muy conocido, la lectura de la novela arranca condicionada por la visión particular que el poeta expone sobre el tema. Este condicionamiento se vuelve inevitable cuando el título de la novela toma el nombre de ese poema en particular. Esto es lo que ocurre con la novela *De que nada se sabe*, de Alfredo Noriega.

11

El poema de Borges, titulado también «De que nada se sabe», empieza con estos versos: «La luna ignora que es tranquila y clara / y ni siquiera sabe que es la luna; la arena, que es la arena. No habrá una / cosa que sepa que su forma es rara». Quito, esa ciudad descrita y diseccionada en la novela de Noriega, ignora que su forma es rara; la ciudad nunca sabrá que es una ciudad. Pero detrás de esta obviedad (la de que los seres inertes carezcan de conciencia), se esconde una proposición muy grave: la ignorancia no es mal exclusivo de los seres

inconscientes. También los hombres ignoran la mayor parte de las complejidades de su propia naturaleza, pues no conocen su origen primero y el sentido final de su existencia, como asegura el poema de Borges: «Las piezas de marfil son tan ajenas / al abstracto ajedrez como la mano / que las riges (...)».

12 La incertidumbre que define la vida del ser humano afecta todas las dimensiones de su vida. Borges precisa que ni siquiera la fe llena todos los vacíos existenciales: siempre queda la duda. El mismísimo Dios es, en el poema de Borges, una mera entelequia: «(...) Quizá el destino humano / de breves dichas y de largas penas / es instrumento de otro. Lo ignoramos; / darle nombre de Dios no nos ayuda». Y no nos ayuda, porque nada evita la constatación cotidiana de la única certeza absoluta: la muerte. Todos los hombres mueren, con fe o sin ella, por ella o a pesar de ella. El único componente humano, esencial e irrenunciable es este: la conciencia de la propia finitud. Rezar o quejarse nada resuelven: «Vanos son el temor, la duda / y la trunca plegaria que iniciamos».

Tanto la novela de Noriega como el poema de Borges repiten una sola pregunta, la más grave de todas las dudas humanas, la pregunta por la condición humana, formulada de infinitas maneras desde que existe la conciencia sobre el mundo: «¿Qué arco habrá arrojado esta saeta / que soy? ¿Qué cumbre puede ser la meta?». Por supuesto, la honradez intelectual de esta novela le impide proponer soluciones fáciles. Parte de la labor de las buenas novelas consiste en mostrar la complejidad del mundo. Esa meta de la ética novelesca es superior a cualquier pretensión moralizante y reduccionista de la realidad. En esa medida, esta novela es un relato necesario y por eso merece ser leída.

## Preámbulo



13 No estudié Medicina, como muchos de mis compañeros, por conveniencia social, o por pasión anatómica; nunca logré sobreponerme a la impresión de un vientre vivo abierto; para mí cada operación era un suplicio. Detesté rápidamente el contacto con los pacientes, sus quejas, su necesidad de consuelo, ese que yo me sentía incapaz de dar; no quise nunca verme enfrentado a los ojos de una madre desesperada por la enfermedad de su hijo o a las súplicas de un hombre moribundo. Hubiera podido ser laboratorista, radiólogo o médico de familia, de esos que se pasan curando catarros, dolores de estómago o achaques a un hipocondríaco inofensivo. Hubiera podido incluso dedicarme a las medicinas alternativas que ya en mi tiempo empezaban a ponerse de moda. Uno de mis compañeros fue el primer ecuatoriano en estudiar acupuntura en la mismísima China, y hasta se volvió un acupunturista reconocido y reconocible, incluso mi madre lo va a ver para tratar su osteoporosis.

Opté por esta especialización, en parte, para que todos aquellos años de estudio sirvieran para algo, pero también para no tener que juntarme con los egresados de mi promoción en club o círculo alguno; lo hice por el anonimato, para

evitarme las preguntas, por no decir las persecuciones, de toda la tracalada de parientes buscando diagnóstico. Ahora, algunos ni siquiera recuerdan que soy médico, menos aún médico legista.

Lo que no calculamos (digo calculamos porque mi vocación por la medicina me la inculcaron mis padres) es este paréntesis que le pongo todos los días a mi vida, por no decir a la vida, con menos convicción de la que parecen imbuidos los médicos legistas de las series policíacas o de las afamadas novelas del mismo género.

14

## Primer día



Eulalia y Gonzalo están en un sótano mal aireado y oscuro, sobre un colchón enmohecido tirado en el piso; andan *arrajuntados* como se diría en estas tierras. Parecerían dos amantes en algún socavón durante un bombardeo; la escena tendría así algo de heroica. Pero no, están en Quito, en uno de los poquísimos sótanos que existen en esta ciudad ya que toda ella está construida sobre un suelo telúrico e irregular. Se besan tibiamente, haciendo durar este instante y su dulzura, pero cada tanto la noche los devuelve a la humedad del sitio, al apremio de su encuentro.

15

De pronto, Eulalia se levanta y se va. Ellos han admitido desde el principio que las cosas serían así; sin embargo, hay una delicia en esta repetición, en este amor clandestino que han ido construyendo. Gonzalo permanece un rato recostado, pero al final, él también se levanta y se va. La calle suelta sus reflejos nocturnos, siempre hace frío en Quito a esas horas y no hay un alma. Va caminando hacia el centro con la cabeza hundida en la chompa, pensando no en Eulalia ni en su amor clandestino, va pensando en Quito; quién creyera, en estas noches cerradas, inmóviles, donde el único ruido viene de las gotas que golpean el pavimento. Se esfuma

detrás de las puertas azules de la casa colonial en donde vive, atraviesa el zaguán despacio, sacudiéndose el pelo mojado; de pronto aparece una sombra por detrás de una columna, lo atrapa pasándole un brazo por el cuello y le clava un puñal en pleno corazón.

Así termina su noche, en este zaguán de piso de piedra.

De la herida brota sangre a chorros y un fuerte vapor empuja a invadir el cadáver de Gonzalo, hasta hace unos instantes ejerciendo de amante único, entregando y recibiendo dicha como si fuese eterna la ilusión del amor.

16

Cáceres observa unos instantes el cuerpo que se sacude de sus últimos resquicios de vida, sus ojos reflejan la luz nocturna, ya sin ambigüedades, como simples espejos. Limpia el puñal en la camisa del cadáver, se la guarda, da dos pasos y está en la calle, en esta noche de noviembre convertida de pronto en el escenario de una venganza. Corre hacia el norte por la Venezuela hasta dar con su calle; sube por la cuesta empedrada, entra en la casa, se descalza, va a la cocina y bebe agua. Cuando el vaso roza sus labios se da cuenta de que tiembla. Hunde su mano en el bolsillo de la chompa y saca el puñal. Tantas disyuntivas: morir, volver a matar, huir, se dice. Trata de escuchar el rumor lejano de una respiración, pero en sus sienes solamente se agolpa el flujo sanguíneo. No hay imágenes, no hay sonidos, apenas el olor de la sangre caliente echando sus vapores al contacto con el suelo frío. Se sienta, luego se acuesta sobre las baldosas heladas de la cocina. Huye inmóvil.

Tiene un sueño agradable: mira impávido las aguas de un río que pasan sin cesar bajo un puente.

Lo despiertan las manos tersas de su hijo. Siente todo el cuerpo agarrotado pero sonrío diciéndole una frase de cariño, luego lo toma en brazos y le da de beber un vaso de leche tibia; antes de dejarlo solo en medio de la cocina, aspira por última vez su olor de niño chico recién levantado.

El pequeño hace un puchero cuando lo mira irse, pero Cáceres no se vuelve. Se va cuesta arriba hacia San Juan alto.

El niño se queda sentado sobre la baldosa fría con una sensación de vómito en la boca; solo después de un buen rato se pone de pie y va directamente a la puerta de calle abierta. Quito ha amanecido iluminada, no hay rastros de la lluvia nocturna. El niño se para en la vereda y observa la ciudad que se extiende gigantesca a sus pies. Empieza a bajar hacia ella despacio como probando la solidez del suelo y luego a paso firme. Va descalzo. Llega a la esquina, no hay un solo carro a la vista, cruza la calle ilusionado, cuando llega a la Venezuela toma hacia el norte, hasta el parque. Allí se sienta a observar este comienzo de día lleno de ires y venires, de pitos y de voces.

17

Intrigado por el repique de las campanas de la iglesia se deja conducir al interior. Siente la presión de la bóveda inmensa en su pequeño pecho. Algunos confunden esto con el llamado del Señor, a él, en cambio, le produce miedo. Da dos pasos hacia atrás, se da la vuelta y empieza a salir a la carrera. Al llegar afuera quiere evocar un recuerdo, pero no hay uno solo que aparezca; mira una y mil veces por todas partes sin reconocer ni una voz ni un gesto. Va a cruzar la calle y todo desaparece de pronto.

Los peatones acuden para salvar a este niño tirado sobre la vereda, una mujer le toma la mano.

—¡Está vivo! —grita.

El chofer se detuvo, pero al verlo en el piso se escapó; un prófugo más para Quito, y son apenas las siete y media de la mañana.

No hay mueca de dolor. Se escuchan sirenas mientras la gente frenética continúa arremolinándose.

◆ ◆ ◆

18 Veo la multitud agolpándose al pie de la iglesia y prefiero alejarme, continuar mi trayecto de todas las mañanas. Llego a El Ejido y lo atravieso. Me gusta cuando está así, de un verde luminoso y húmedo; compro El Comercio y un paquete de frunas.

Desde la ventana del bus miro el desfile violento de fachadas, este perpetuo desaparecer de las gentes no dejará nunca de sorprenderme. Al apearme en mi parada, una india me roza pero continúa caminando avenida abajo sin regresar a ver. Se va hacia el oeste de la ciudad de donde yo vengo. Su falda, demasiado larga y ancha, le va golpeando las pantorrillas. La india es una campana caminando. Atraviesa una calle tras otra hasta que por fin se para ante una vendedora de caramelos; compra uno y se lo mete a la boca; continúa caminando hasta la Diez de Agosto y se detiene como suspendida ante un pensamiento único. Sus ojos, iluminados de pronto por esta idea inusual, la empujan calle arriba. Va a dar una larga y pensativa vuelta sin importarle sus piernas adoloridas, produciendo un círculo lleno de algarabía interior. Sus pies palpitan hinchados en esa horma estrecha contra la cual no hay voluntad posible; se quita

los zapatos dejando sus pies orearse al sol de estas horas. Una mañana más de lo que se ha dado por llamar «la eterna primavera quiteña», otra farsa en esta ciudad llena de atavismos: de madrugada, frío; a media mañana, calor; luego viento; por la tarde lluvia, lluvia desconcertante, y por la noche otra vez frío. Así anda Quito en estos tiempos, así continúa desde hace tiempo, ella también en sus círculos pero sin pizca de algarabía. Ya no le va, diría Hortensia Armendáriz. Una pequeña brisa mueve la falda de la india detenida en medio de nadie para mirarse impávida los pies hinchados, sin una gota de compostura.

◆ ◆ ◆

El taxista Campos baja la velocidad cuando ve el tumulto frente a la iglesia.

—¿Qué habrá pasado? —le comenta al pasajero que lleva a San Juan, pero este no responde, sigue en el asiento trasero ensimismado.

De todo le ha tocado ver a Campos desde que empezó con su taxi hace ya quince años. A él le gustaría hablar del fútbol dominical o del último negociado, pero si el cliente es parco sabe quedarse callado. Enciende la radio como único consuelo y, para variar, suena una de Leonardo Favio, *La foto de carnet*. Como si el tiempo no hubiese pasado, recuerda ese amor platónico abandonado solamente a los ejercicios de memoria, musa insospechada de estos cientos de miles de kilómetros manejando su Mazda 323; una sonrisa leve se le dibuja en el rostro con la imagen clara de aquella joven, y con ella a cuestas lleva al pasajero allá arriba, a aquel

19

punto perdido en las faldas del volcán. Muchos colegas se niegan a hacer carreras a los barrios incrustados en plena montaña, pero él no, él confía en su carrito; por más empujada que se presente la cuesta, siempre ha respondido como es debido; en todos estos cientos de miles de kilómetros, solamente ha sufrido tres rasguños: uno en la puerta delantera derecha, otro en la cajuela y otro en el ala izquierda. Tres iritas, como dice él mismo.

20 Vuelve a mirar por el retrovisor a ver si el pasajero sale de su modorra, pero sigue con los ojos perdidos en la calle, ensimismado con ese escenario en movimiento; prefiere dejarlo tranquilo allá en el asiento trasero. Así hay gente, se dice, repitiendo su lema de toda la vida: «caduno, caduno», y se pone a silbar la canción de Favio bastante bien afinado.



Me detengo ante la puerta de entrada mientras la india de falda larga se aleja avenida abajo, de donde yo vine, hacia el oeste de la ciudad, en dirección de las laderas del volcán. Entro al pasillo oscuro y voy al fondo, hasta las escaleras. ¿Quién me hubiera imaginado en estos trances hace veinte años?, suelo pensar; porque claro, fuimos educados para ser hombres de bien, prósperos, y esto, sin ser malo, solo conduce a las derrotas. Es el país, me ha dicho tantas veces mi hermano Jorge; yo únicamente corroboro. El cadáver me está esperando; me pongo los guantes y lo empiezo a examinar. Su irreprochable herida, ya seca, me amilana, como en el tango, y es que en la radio suena un tango. Así parecen ser estas cosas de la vida: muertes llenas de afectos, parecidos

al sonido del bandoneón ahogándose en su última nota. ¿Lo estarán llorando en este instante?, me pregunto, me confieso más bien, para no sentirme solo envuelto en fatalidades. Lo examino de pies a cabeza. Hay un hematoma a la altura del cuello, signo de que lo agarraron por detrás, hago una incisión y compruebo que el hematoma es bastante profundo; al mismo tiempo que le clavaban el puñal, lo estaban ahorcando. En el resto del cuerpo no encuentro moretones, ni rasguños, ninguna señal de pelea. Seguramente lo tomaron por sorpresa. Tiene la cicatriz de la ablación del apéndice y el dedo meñique ha perdido la última falange, pero hace tiempo; sus manos son duras y ásperas; el hombre es musculoso, debe ejercer un oficio físico. Pesa 158 libras y mide 1,67; un clásico quiteño de peso y estatura mediana, llegando a los treinta, moreno, de pelo negro, pómulos salientes, casi lampiño. Al abrirlo determino la trayectoria de la lámina dentro del cuerpo. Todo el resto de órganos están intactos.

¿Hora de la muerte? La policía piensa que somos magos cuando nos piden estos detalles. Puedo empezar preguntando: ¿hora del inicio de la vida? Cuando me respondan podré quizás calcular con precisión la hora de la muerte. Al tomarle la temperatura, su cuerpo estaba a 31 grados, lo deben haber matado esta madrugada, entre las tres y las cinco, más tarde no, más temprano quizás; depende del lugar donde se encontraba el cadáver, del frío y la humedad que hacía, de lo que llevaba puesto. Cuando me lo trajeron tenía el torso desnudo, pero no sé si así lo hallaron o si fue la policía o el mismo asesino quien lo desnudó. La parte superior está rígida o sea que lleva más de tres horas muerto. Que hagan sus cálculos ellos, con estos datos.

Muerte violenta, escribo en el parte; entre otras cosas, perforación. Profunda perforación, última perforación, también hubiera podido escribir. Un poco de poesía, pensaría Hortensia Armendáriz entre dientes, nos hace falta un poco de poesía, se repetiría, un poco de introspección. Ninguna me es permitida sin embargo. Medidas simplemente, categóricas, hechos analizados y analizables.

Puñal incrustado en el corazón a la altura de la aurícula derecha.

22 El hombre sintió poco; más fue la sorpresa de una última mirada reconociendo a su asesino, sin pasiones. Cómo tenerlas en esos momentos cuando nada es todo, cuando nuevamente el mundo vuelve a ser una cuestión de mecanismos funcionando o dejando de hacerlo. He imaginado mil veces el instante de un derrame repentino, de una arteria que se bloquea, de un órgano que estalla o de un simple pedazo de carne obstruyendo la tráquea, matando sin más a una persona en plena vida. ¿Será angustia? ¿Será dolor? ¿O quizás sabiduría bestial poniéndose en marcha? Cuando tomo el bisturí corto sin desolación, aunque podría. Son gajes del oficio, suelen decirme, y nunca sé a lo que se refieren, si al tajo que doy, a la ausencia de sensaciones o a la maestría de espantarlas adquirida a fuerza. Abro un cuerpo muerto y al destajarlo voy huyendo un poco más de la vida, de aquella prevista a los veinte años y que no ha sido, porque como dice mi hermano Jorge: así se ha ido dando, debemos aceptarla para subsistir aunque nos cueste. Tomar el bisturí y cortar, examinar órganos hinchados, explosiones internas, sangre coagulada; recibir como bofetadas los olores y los gases que traspasan la mascarilla. La sangre de

este cadáver ha ido a dar al piso de piedra del zaguán de esa casa del Centro Histórico con puertas azules; un inmenso charco nocturno, *yaguarcocha*, una leyenda más de los amores contrariados, un idilio que termina bien, en suma, podría decir Hortensia Armendáriz, aunque sorprenda. Porque la mejor muerte es producida por las pasiones, por los deseos; no hay mejor redención. En esta tierra de espantos, una muerte así es una buena cosa.



Hortensia Armendáriz se levanta, como de costumbre, para despertar a sus dos hijos por teléfono; así lo ha hecho desde que se fueron de casa. Luego se viste y se dirige hacia la biblioteca municipal para cumplir con su rito mensual.

«Asesinato pasional» le grita un canillita en la esquina del edificio. «Asesinato de una puñalada fría», como si hubiera puñaladas calientes, o tibias, se dice. Entra a la biblioteca a la hora de apertura con un sinnúmero de colegiales llenos de buenas intenciones y pelos bien peinados; carga una sonrisa en los labios porque a quién se le ocurre lo de las puñaladas, sobre todo gritadas a bocajarro. Hortensia Armendáriz solamente sabe que las puñaladas no admiten adjetivos, sobre todo si matan. Una puñalada dolorosa, una puñalada cruel, una puñalada sanguinaria, una puñalada lenta, una hábil puñalada, una profunda. ¡Qué desperdicio de vocabulario!, se dice; por eso, cuando entra a la biblioteca, esboza una sonrisa.

Hortensia Armendáriz va al fichero, escoge el libro y lo pide al bibliotecario Osorio, hombre de figura desaliña-

da y lentes de montura excesivamente grande para su rostro alargado y pusilánime. Osorio se fija en ella por primera vez porque sonrío. Está tan acostumbrado a observar a los lectores como a un mármol que esta novedad lo toma desprevenido. Carraspea bajando la mirada para no toparse con sus ojos; se va con el papelito entre los dedos sintiendo la mirada de la mujer seguirlo hasta que desaparece detrás de la puerta; ella lo imagina recorriendo la sala central, llena de estanterías, en busca de su libro y de otros tres fragmentos del saber colegial requeridos por dos jovencitos cansados de tanta investigación. Minutos después aparece Osorio y, al entregarle el libro, Hortensia Armendáriz le suelta un gracias aún risueño. Él no responde, porque nunca lo ha hecho; simplemente hace una pequeña venia con la cabeza mientras anota el nombre en el registro; ella, con la misma parsimonia, se va a sentar en una mesa libre, cerca de la ventana que da a la García Moreno, por donde se filtra una corriente ligera de esta mañana quiteña, como tantas otras, ventosa. Se va a sentar perseguida por la mirada atónita del bibliotecario, hundido como de costumbre en sus pensamientos, en sus corazonadas, estas repentinas irracionales. Él las rehúye pero siempre cae en ellas, no por fragilidad ni timidez, más bien por precaución. Siempre esperar el primer paso de los otros, *aguaitar* se diría en esta tierra, para no terminar siendo carne de pasillo o parte de la crónica roja de un periodicucho cualquiera.

Noble trabajo el suyo, bibliotecario, Borges, Babel infinita, poética aristoteliana, Gargantúas, Faustos, *Ilíadas* homéricas. Una ficha en la mano, y en ella los códigos necesarios para dar con el anaquel y finalmente con el libro pedido, el noventa por

ciento de las veces los de siempre: enciclopedia, diccionario, manual de esto o de lo otro, atlas universal, mapa político, poquísimas veces la *Historia universal de la infamia*, nunca el *Elogio a la locura* y para qué el *Recurso del método*; en esta biblioteca la mayoría de consultas están ligadas a los sempiternos trabajos colegiales: resúmenes o descripciones. Pare de contar. Incesantes caminos entre el mostrador y los cuartos repletos de estanterías de guayacán esmeraldeño pobladas en su mayoría de libros intactos. Así va la ciudad y sus habitantes: dilatando su ignorancia, parecería, si uno se fiara al registro de esta biblioteca. Si uno se fiara, se consuela Osorio, mirando a Hortensia Armendáriz mientras saca sus lentes y se instala en la mesa de lectura, cerca de la ventana, ya sin sonrisa en los labios, ya sin las puñaladas en la mente, dispuesta tan solo a su lectura mensual; lectura de batallas, sucesión heroica de tragedias, universales desdichas humanas con su cúmulo de arrepenimientos: que caiga Troya, que muera Aquiles, Telémaco, que viva Aquiles, Telémaco, que triunfe Troya. Furia de vida y de muerte, cuando menos amores extraviados.

El volumen está más que viejo, *requeteusado*; le hacen falta todas las primeras páginas de los capítulos, y todas las ilustraciones, arrancadas por algún jovencito de colegio que creyó de esta manera poder hacer el resumen pedido por su profesor de literatura. Pero aquello parece no incomodarle; sencillamente tiene una página abierta y lee. Nunca supo leer para sus adentros, así es que un murmullo ligero brota de sus labios como las plegarias de un judío ante el Muro de las Lamentaciones, o el rosario de mi abuela cuando me dio tifoidea y vino a mi habitación a interrogar a Dios sobre mi alma y viceversa.